

3-DAR A MIRAR**CHERNÓBIL, A 35 AÑOS. POSTALES DE LA EXTRAÑEZA INQUIETANTE**ARIEL GÓMEZ PONCE¹**RESUMEN**

A 35 años de la catástrofe nuclear, Chernóbil permanece en el imaginario cultural como un acontecimiento que todavía alimenta el interés público y, de modo insistente, los recorridos estéticos. Con especial interés en el éxito serial de HBO (*Chernobyl*, 2019), me propongo revisar algunos enclaves recientes que vuelven a pensar aquella tragedia soviética, esbozando relatos que se esmeran en revitalizar lo que Julia Kristeva (1991) habría teorizado como una inquietante extrañeza: aquello que, habiendo sido familiar, se revela incierto y potencialmente tachado de extraño.

PALABRAS CLAVE

CHERNÓBIL – EXTRAÑEZA INQUIETANTE – SERIES DE TV – LITERATURA – AFECTOS

En abril de 2021, y a 35 años de aquella catástrofe nuclear que sacudiera a toda Europa, Chernóbil vuelve a ser noticia. Lo es porque uno de los reactores comprometidos volvió a activarse y, junto a él, la sospecha de que un nuevo peligro puede azotar a este mundo ya crispado por una pandemia global. También, porque el aniversario reaviva un sinfín de hipótesis y teorías sobre las causas todavía difusas de esa explosión que terminó socavando la Unión Soviética y, para muchos, escribiendo las primeras líneas de su acta de defunción. Pero, sobre todo, Chernóbil hoy es noticia por el interés que parece despertar el después de la tragedia y el esmero de la vida por persistir en una tierra contaminada, añadiendo ahora a su controvertida crónica un nuevo capítulo, cuanto menos esperanzador.

¹ Doctor en Semiótica por la Universidad Nacional de Córdoba y docente e investigador del Centro de Estudios Avanzados y de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba.
arielgomezponce@unc.edu.ar

Hace algunos días, en un informe publicado por la BBC, el periodista Chris Baraniuk (2021) se ocupó de relatar la historia de los más de quinientos perros que habitan en Chernóbil. Se trata de los descendientes de aquellas mascotas que las familias abandonaron en el apremio de la evacuación, que sobrevivieron luego al exterminio de los soldados soviéticos en su esfuerzo por contener la contaminación, y que hoy han hecho de la Zona de Exclusión su hábitat, transformando las ruinas de esa ciudad en refugios precarios². A los visitantes de lo que actualmente es un circuito turístico bastante lucrativo, se les advierte de los peligros de acercarse a estos perros semi-salvajes, pues resulta imposible saber a ciencia cierta por qué lugares contaminados han merodeado, portando consigo la radiación. Pero, según advierte el informe, para los guardias de la central nuclear, únicos redientes de lo que otrora fuera una población de más de cincuenta mil personas, la historia es bien diferente: porque reciben comida y cierta atención, estos animales están aproximándose nuevamente y “entablando una curiosa relación con los humanos encargados de proteger el área contaminada”³.



Uno de los perros que ha retornado a Chernóbil, descansando junto a ese parque de diversiones que hubiera abierto sus puertas el 1ro de mayo de 1986, aunque terminaría componiendo una de las imágenes icónicas de dicha tragedia nuclear. Fuente: Chernobyl Guards, Jonathon Turnbull.

Quien se precie de encontrar un perro abandonado, lo entenderá rápidamente: acariciarlo y alimentarlo es la invitación a un acercamiento que el can bien sabrá recompensar con su compañía, lealtad e, incluso, seguridad. Los trabajadores de Chernóbil también parecen

² También, estos perros son protegidos y a dicha tarea la sostiene *Dogs of Chernobyl*, organización fundada en 2016 por Lucas Hixson: canadiense especialista en radiación, quien abandonara su carrera de investigador para instalar en Chernóbil una clínica temporal, con sus propios programas de alimentación y refugio, esterilización, control de rabia, y todo aquello que pueda mejorar la calidad de vida de esta insólita jauría. Al respecto, recomiendo ver el informe realizado por Iryna Fedchenko, disponible en:

https://www.youtube.com/watch?v=IJXEBzm7rk&ab_channel=IrynaFedchenkoIrynaFedchenkoVerificada

³ Salvo indicación contraria, todas las traducciones de lengua inglesa me pertenecen.

saberlo, hasta el punto de aceptar la presencia saludable de esos perros como garantía de que quizás, en ese páramo invadido por la radioactividad, el peligro no sea mayor: en palabras de una investigadora local, “[los guardias] se están poniendo en la piel de los perros (...) Si el perro está bien, eso significa que vos también estarás bien” (en Baraniuk, 2021).

Ante esta anécdota, no puedo menos que recordar cuando el etólogo Konrad Lorenz (2010) se propuso imaginar el primer encuentro entre una manada de chacales salvajes y alguna horda humana, pronta al sedentarismo: cuando el humano descubriera que, con sus aullidos, esos animales salvajes (que habitaban las cercanías y comían las sobras de los humanos) eran capaces de anunciar la proximidad de un peligro, comenzarían a alimentarlos y compartir el cobijo del fuego. Y aunque, según la fantasía de Lorenz (2010:20), durante años “los chacales siguen a los hombres a prudente distancia, pues no se atreven a acercarse a aquellos bulliciosos y excitados cazadores”, un vínculo irrevocable se forjó en esa escena primaria. A cambio de cierto cuidado, los cánidos ofrecerían entonces algo que la especie humana se ha esmerado en ignorar: la advertencia que brinda el instinto de supervivencia.

Sin embargo, también por el retorno de esos perros, se comprueba con espanto que Chernóbil “es un entorno siniestro (...) No puedes ver el peligro. Estás siempre consciente de que podría estar ahí, aunque todo parezca normal” (Baraniuk, 2021). En efecto, siniestro es un término pertinente para explicar esa realidad que se ha vuelto inestable por el acecho de lo que es indiscernible e, incluso, imperceptible, sin que por ello deje de hallar modos para anunciar su presencia. O, para ser más preciso, diría que la rareza que despiertan los perros en Chernóbil obtiene su fuerza en lo que Julia Kristeva (1991:183) ha teorizado como una *inquietante extrañeza*: aquello que, habiendo sido conocido, se revela angustiante e inamisible, como “un familiar potencialmente tachado de extraño”. Y si esa cotidianeidad se ha vuelto extraña es porque hay algo que debería haber permanecido oculto y, sin embargo, logra manifestarse, como aclara Kristeva, bajo “ciertas condiciones”. En tal sentido, el regreso paulatino de lo que es tan habitual como ese animal de compañía de algún modo descoloca, porque allí, en ese espacio desolador, hace visible y evoca las huellas mnémicas, silenciosas y más patentes, de esa tragedia nuclear, de una radiación con efectos insospechados.

Mención aparte merece que esta misma inquietud por/en lo cotidiano es lo que también moviliza a las formas artísticas recientes a la hora de recordar el desastre. Que la serie *Chernobyl* (2019), uno de los éxitos rotundos de HBO, haya compartido esa extrañeza inquietante está lejos de ser casual, aunque por otras explicaciones: pese a su diversidad genérica, las series televisivas privilegian el orden cotidiano, en donde suelen exteriorizar diversas amenazas que atentan contra la aparente armonía doméstica (algo con lo que, por

cierto, estas ficciones masivas insistirían desde sus orígenes durante el periodo de posguerra, Cfr. Gómez Ponce, 2021). A ese público escéptico que podría preguntarse qué más agregar a los sucesos de 1986, la serie *Chernobyl* sorprendió porque, paradójicamente, casi pareció desinteresarse de la explosión. Y no es que hubiera traición al acontecimiento original. Solo hubo, si cabe, un cambio de perspectiva al que probablemente le debe su éxito.

Podría decirse que el accidente de Chernóbil plantó algunas semillas de lo que esperaríamos encontrar cuando el fin de los tiempos arribe. Su lenguaje, quiero decir, es digno de eso que el arte ensaya como “lo post-apocalíptico” (Gómez Ponce, 2019): se nos habla de un “sarcófago” para explicar ese confinamiento de acero creado a fin de contener los efectos nucleares que acabarían con las vidas; de “liquidadores” para describir a todo el personal a cargo de minimizar los daños de la tragedia; y de una “Zona de Exclusión” para titular a ese territorio que antes contuviera 192 aldeas, dispersas hasta hacer frontera con Bielorrusia (Leatherbarrow, 2020). Sin embargo, la serie *Chernobyl* vuelve sobre el acontecimiento por las vías del drama, eligiendo narrar los hechos de un modo, si se quiere, más íntimo.



Fotograma de la serie *Chernobyl*, donde se muestra a la población de Prípyat expectante ante lo que se sospecha es un mero incendio, mientras las cenizas del grafito comienzan a cubrirlo todo. Episodio 1, *Chernobyl* [Serie de televisión]. Mazin, Craig [creador] y Declerque, David [productor]. Estados Unidos: Home Box Office / Sky Atlantic, 2019.

Ocurre que el apocalíptico estallido del reactor es solo la obertura de un relato de aflicción y desdicha, protagonizado nada menos que por esa gente desconocida que habitó Prípyat: utopía de la moderna Unión Soviética, a cuyo río alledaño le debe su nombre esa urbe, de las primeras en abastecerse con supermercados, cines e, incluso, un parque de diversiones (que, por cierto, jamás llegó a inaugurar, aunque a él Chernóbil le debe una de sus imágenes icónicas). Para expresarme quizá con claridad: lo que en la serie se pronuncian son las voces ignoradas: las familias sumidas en el desconcierto y evacuadas de sus hogares, los bomberos e ingenieros que se arriesgan por un desastre cuya magnitud ignoran, las enfermeras y médicos que salvan vidas a costa de las propias, y los funcionarios que acatan órdenes aun sin saber las consecuencias de sus actos. Sobre ese registro coral, se acaba componiendo un retrato embebido por la perturbación y, sobre todo, por la rareza de nunca terminar de comprender lo sucedido (¿accidente?, ¿imprudencia?, ¿sabotaje?), aunque una certeza se va erigiendo a paso raudo: que el dolor prospera sobre el colectivo.

Sin embargo, la verdadera extrañeza -aquella inquietante- se enciende como consecuencia de lo que es casi un oxímoron, algo que la serie elabora en su mismo inicio cuando la ciudad es cubierta por una nevada de cenizas sospechosas que pronto todo lo corroerá. Me refiero, claro está, a la presencia invisible de la radiación, aquella que lleva a constatar que esa población anónima estuvo siempre a merced de su propia suerte. Sucede que, en *Chernobyl*, el avance de la contaminación parece estar al servicio de una develación: expande una crisis para acabar demostrando cómo ese pueblo, antes y ahora, permaneció en el desamparo de los avatares políticos, y a la sombra de ese relato que la Historia -con mayúscula- fue componiendo. No otra cosa se confirma cuando, ante la amenaza de un joven soldado que se apremia en la evacuación, una de las habitantes más longevas responde:

Cuando tenía doce años, llegó la Revolución. Los hombres del zar, luego los bolcheviques. Chicos como vos, marchando en filas. ¿Nos mandaron a irnos? No. Luego vino Stalin y su hambruna, el Holodomor. Murieron mis padres y dos de mis hermanas. Al resto nos mandaron a irnos. No. Luego la Gran Guerra. Chicos alemanes, chicos rusos. Más soldados, más hambruna, más guerras. Mis hermanos nunca volvieron. Pero yo me quedé, y sigo aquí (...) Después de todo lo que he visto, ¿ahora debo irme por algo que no puedo ni ver? (104).

Precisamente, es ese “algo” inaudible e invisible la condición que descubre una indefensión oculta en esa cotidianidad, que siempre estuvo allí, pero que ahora emerge con horrorosa

contundencia en Prípyat, allí donde no hay más que reemplazos porque, además, el cuerpo vivo se revela prescindible.

Y también de las corporalidades, la serie acaba haciendo lugares inhabitables. Cuerpos hinchados, quemados y repletos de úlceras que no demorarán en volverse gangrenas, invadiendo hasta la descomposición en vida: con esa materia prima trabaja la ficción de HBO, tomando como referencia testimonios de los supervivientes, especialmente aquellos que Svetlana Alexiévich acuna en su *Voces de Chernóbil* (2015). De esa obra, de hecho, *Chernobyl* recoge la palabra de una de sus protagónicas más conmovedoras: Liudmila Ignatenko, joven esposa de ese primer bombero que asume el vano esfuerzo por apagar el fuego del reactor, y a quien, frente al cuerpo agonizante de su amado, se le advertirá que “no debe olvidar que lo que tiene delante ya no es su marido, un ser querido, sino un elemento radiactivo con gran poder de contaminación. No sea usted suicida (...) ¡Si esto ya no es un hombre, es un reactor nuclear!” (Alexiévich, 2015:32).



Fotograma de la serie Chernobyl, y de la joven Liudmila ante el cuerpo agonizante de su marido, uno de los primeros bomberos en acercarse al desastre y sufrir los efectos mortales de la radiación. Episodio 3, Chernobyl [Serie de televisión]. Mazin, Craig [creador] y Decker, David [productor]. Estados Unidos: Home Box Office / Sky Atlantic, 2019.

Contra el orden de la razón, la contaminación radioactiva avanza con celeridad sobre todos los cuerpos, descubriendo una fragilidad que no es solamente humana, pues la ficción se detiene de a ratos para mostrarnos la vegetación fétida, las aves agonizantes que se precipitan hacia el piso, las vacadas enteras sacrificadas incluso antes de mostrar signos de radiación, y las

mismas jaurías que antes comenté y a cuyo exterminio se le dedica un episodio entero, pleno de brutalidad. Pero lo que, ante todo, se revela aún más inquietante es descubrir un Estado que ha ocultado la magnitud del acontecimiento, instalando así un manto de permanente sospecha. “El verdadero peligro es que, si escuchamos suficientes mentiras, entonces ya no reconocemos la verdad”, sugerirá uno de los protagonistas, con la desconfianza de quien comprueba que ha vivido entre falacias. No ha de extrañar, por ello, que Rusia decidiera poner en marcha su propia versión de la historia: *Chernobyl: Abyss* (Чернобыль, 2020), en donde la tragedia montada por la cámara estadounidense es reemplazada por una épica heroica que revaloriza la labor de bomberos y rescatistas. Si el desastre sucedió, lo que importa entonces es solo su contención, como bien desliza con su réplica uno de los personajes de este filme ruso ante la pregunta acerca de qué tipo de persona sería capaz de generar tamaño desastre: “¿acaso eso importa?”. La Guerra Fría se interrumpió, pero no cerró, y claramente Chernóbil es la prueba irrefutable de esa llaga que no cicatriza.

Pequeños retazos de evidencia que se otorgan para dar con algo cercano a una “verdad”; temores individuales que se suman para tramar una conmoción colectiva: este doble movimiento es, en efecto, el que sostiene a la serie, revisión de ese acontecimiento cuyas causas Svetlana Alexiévich intenta discernir al explicar que “Chernóbil es, ante todo, una catástrofe del tiempo” (2015:43). Y, lo que es más, Alexiévich nos somete a otros interrogantes, cuanto menos brutales: ¿de qué dar testimonio entonces? ¿De un pasado inexpugnable, pues el dolor lo ha convertido en un territorio difícil de visitar? ¿De un presente que parece siempre sustraído de los errores cometidos? ¿O de un futuro que se devela poco prometedor? Es que el mundo que consigue erigirse después de la catástrofe no parece diferir, aún más cuando se atienden a las consecuencias de la devastación ambiental que hacen de Chernóbil una mera anécdota dentro de un vasto repertorio (y solo cito algunos ejemplos: la ciudad de Linfen, envenenada por los residuos del corredor industrial de carbón en China; el “Vórtice de basura”, esa pequeña isla del Pacífico forjada solo en desechos marinos, o La Oroya infectada por las secuelas del extractivismo sistemático en los andes peruanos).

Pero todavía hay algo más. Y es que, ante el furor repetitivo al que nos someten las series, la narrativa de HBO fue original por su intuición; por su habilidad para escenificar un clima de miedo capaz de instruir al espectador sobre otra inquietud que, poco tiempo después, pondría a merced el mundo: esa pandemia que arribó inesperadamente, despoblando las ciudades por cuyas calles la naturaleza vuelve a abrirse paso, mientras la crispación colectiva crece por el avance silencioso de algo que, en esta oportunidad, ni el ruido crispante de un dosímetro es capaz de advertir. Solo una cosa escapa a esta contundente rareza que se instala como un

signo de época: la certeza de que la memoria puede retornar y llevarnos de nuevo a la reflexión, tal como esos perros huraños que, con cautela, hoy regresan a una tierra devastada para recordarnos que hemos hecho de nuestro mundo un lugar un tanto extraño.

Referencias bibliográficas

Alexiévich, S. Voces de Chernóbil. Buenos Aires: Debate,2015

Baraniuk, C. “The guards caring for Chernobyl's abandoned dogs”. En: *BBC*, edición online, del 22 de abril de 2021. Recuperado de: <https://www.bbc.com/future/article/20210422-the-guards-caring-for-chernobyls-abandoned-dogs>

Gómez Ponce, A. “Ficção Pós-apocalítica”. En: Reis, Carlos; Roas, David; Furtado, Filipe; García, Flavio (Eds.). *Dicionário Digital do Insólito Ficcional (e-DDIF)*. Rio de Janeiro: Dialogarts,2019 Disponible en: <http://www.insolitoficcional.uerj.br/site/f/ficcao-pos-apocaliptica/>

Gómez Ponce, A. “Las series y el Sueño Americano. Nostalgia y pervivencia de un imaginario suburbial”. En: *Intexto*, Nro. 52, pp. 1-23, 2021

Kristeva, J. *Strangers to Ourselves*. New York: Columbia University Press,1991

Kozlovsky, Danila [directora]. Чернобыль (*Chernóbil: abismo*) [Película]. Moscow: Central Partnership, 2020

Leatherbarrow, A. Chernóbil 01:23:40. La verdadera historia del desastre nuclear que conmocionó al mundo. Madrid: Duomo Ediciones,2020

Lorenz, K. Cuando el hombre encontró al perro. Barcelona: Tusquets.,2010

Mazin, C. [creador] y Declerque, David [productor]. *Chernobyl* [Serie de televisión]. Estados Unidos: Home Box Office / Sky Atlantic,2010.